

“Abel Chifflet. El equilibrio entre el espíritu, ciencia y arte en cirugía”

Libros y documentos

Presentación y crítica: Dr. Augusto Soiza Larrosa.

“Abel Chifflet. El equilibrio entre el espíritu, ciencia y arte en cirugía”. Por Francisco Crestanello Cánepa. Montevideo, edición del autor, 2012. Prólogo del Dr. Fernando Mañé Garzón. 759, ilustraciones.

Excepto sorpresas, será sin duda “el libro del año”. Es una obra erudita, escrita por un cirujano, que conoce de primera mano el terreno donde se movió el biografiado y que sin duda ha dedicado gran parte de su tiempo profesional y vida privada a reunir el material edito e inédito, buscar documentos, realizar entrevistas y diseñar por sobre todo, este gran libro.

El autor

Francisco Crestanello Cánepa (Montevideo, 1938), anatomista, cirujano, Profesor de Clínica Quirúrgica (1987-2003) es de los recientes ingresos al club, el variopinto plantel de médicos (y no médicos) aficionados a la historia de la ciencia. Y lo ha hecho magníficamente.

Pese a una temprana calvicie, exhibe el mismo aspecto juvenil de cuando le conocimos, como alumnos, hace 54 años en el Instituto de Anatomía, como Ayudante de Disección. Para los recién ingresados a la Facultad de Medicina, veíamos en aquellos docentes, de largas túnicas de cuello a pies, una especie de superhombres, figuras inalcanzables, que dominaban los vericuetos de la fábrica humana y podían de un solo corte, *descubrir* el filete nervioso que nuestras pobres manos, en un hurgar desprolijo, infructuosamente buscaban. Digo bien, *descubrir*, porque esa técnica era uno de los requisitos para aprobar el curso: “la descubierta”. Pléyade de docentes hoy recordada con nostalgia. El “Caco” Castiglioni, el tempranamente malogrado Urquiola, Milton Mazza, los disectores y prosectores Manlio Chizzola, el del “bigotito” de pausado hablar; Raúl Praderi, siempre vivaz, lo evocamos en su concurso enfrentando al “Titón” Rinaldi en el pequeño anfiteatro, remedo menor del anfiteatro de Padua; a su hermano Luis; y el inefable Guaymirán Ríos Bruno, severo pero generoso, maestro que lo fue para mí en su pasión por la medicina forense y legal. Y un acicate para que me hiciera precoz anatomista como Ayudante honorario al año siguiente. Una larga carrera docente y prestigioso ejercicio quirúrgico del Dr. Crestanello tiene en este, su libro dedicado a Abel Chifflet, a quien considera *su Maestro*, el broche de oro. Pienso que todo lo que escriba después, no podrá sin duda parangonarse a esta enorme obra sobre el gran cirujano. Quien se decida a incursionar en este voluminoso ensayo biográfico, encontrará un rico material sobre la historia de la medicina nacional, particularmente (pero no solamente) quirúrgica, que corre entre la segunda y séptima década del siglo

XX, tal vez **el siglo de oro en la cirugía uruguaya**. Período aún no recorrido en totalidad ni profundidad por nuestra historia médica. Crestanello ha puesto la piedra fundamental para la obra que seguramente se construirá en años sucesivos.

El estilo

Lo defino como *culto y ameno*. Hay una evidente intención totalizadora, de abarcar el máximo de datos. En ocasiones es fatigosa por su extensión, pero siempre interesante; con algo nuevo a descubrir. La lectura sin embargo del peso del texto corre fluidamente. Todos nos reconocemos en alguna parte de la obra; o estuvimos en una de las salas hospitalarias, o fueron nuestros profesores, o leímos sus trabajos. Nada de lo que aquí se narra nos es ajeno. El estilo es ameno, amigable. Casi diría, hermanable.

Aparecen breves noticias históricas, demográficas y costumbristas como escenario en el cual va desarrollando la historia de Chifflet. Esboza el cuadro general de la sociedad de su época y del ambiente en que le tocó vivir (campesino primero, ciudadano después); o en que ejerció Chifflet en cada una de las etapas de su vida. Y está bien, ya que el conocimiento general sobre estas cuestiones no les quita el sueño a muchos de nuestros colegas; y les ayudará a informarse. Reconozco que muchas de esas noticias las he pasado por alto, sea por conocidas, sea por no despertar mi interés. Pero como contrapartida, otras me han llamado poderosamente la atención. La vida de los estudiantes del interior que *bajaban* a la capital. O los aspectos de la vida familiar de Chifflet, sus vacaciones, sus viajes en familia, sus costumbres, sus aficiones. Me ha gustado lo de su colección de mates (¿calabazas, plata o loza?). ¿Se conserva en la familia o se dispersó?. Tengo también mi colección de esos enseres y no es frecuente conocer coleccionistas de “mates”.

Es obra de correcto estilo gramatical. ¿Tuvo alardes literarios el autor Crestanello?. ¿Revisó su original un corrector?. No sabemos si tiene antecedentes de escritor, fuera de su ámbito estrictamente profesional. Apenas le hemos escuchado en alguna conferencia en el seno de esta Sociedad. Buenas exposiciones. El ritmo lento de su expresión verbal, la voz siempre en la misma tonalidad, baja pero clara y entendible, sin desplantes, está presente en la redacción de la obra. Observamos que gusta de la contribución gráfica y ha hecho generoso aporte en su libro. Es una comprobación singular que médicos que han dedicado su vida al intenso ejercicio de la profesión, que por cierto poca vinculación tiene con la literatura, se revelan cuando la oportunidad se presenta, como excelentes escritores. No quiero dar nombres para no herir susceptibilidades, pero todos podemos citar a muchos colegas como ejemplo. También los hay de malos escritores.

El que lea la obra se sentirá sin duda a gusto con la redacción y su ritmo.

La obra

Es extensa, muy extensa; incluso arriesga infundir temprano desánimo por abrir sus páginas apenas se entrevé que hay 759 por delante. No obstante, la lectura se agiliza por

la sencillez en que está escrito el texto. La presentación general y el orden de la edición han sido inteligentemente diseñados. Los capítulos son en general afortunadamente breves, y no tienen molestas llamadas al pie de página (o peor aún, al fin del capítulo, e incluso del libro) que interrumpen el ritmo y pierden al lector. No hay notas explicativas pues todo lo que había para decir está en el texto

Las citas bibliográficas, numeradas, van al final del capítulo y pueden ser ubicadas fácilmente, tanto en bibliotecas como en la red Internet.

Creo que no ha sido feliz en cambio, interpolar comentarios, anécdotas o apuntes marginales, siempre interesantes, en letras negras sobre fondo oscuro, que dificultan (al menos para mí) su lectura. Las hubiera preferido en blanco dentro de un recuadro.

La obra está dividida en *partes*, y éstas en *capítulos*. Cada parte comprende una etapa considerada importante en la vida de Chifflet. Desde su nacimiento a su muerte (1904-1969). Las primeras 457 páginas abarcan la totalidad de su vida. Es la **biografía propiamente dicha**. Sazonada con anécdotas, referencias a sus maestros, viajes, colaboradores y profusa ilustración gráfica. Ésta, a pesar de la baja calidad del papel, es clara y muy bien identificada. Ha sido seleccionada con muy buen criterio y será una sorpresa para muchos, porque en general no son conocidas. Me ha gustado mucho la foto de Chifflet en bombacha de campo. Yo también las uso. Es lástima que en muchas de esas fotos se omita la fuente, que debía ser identificada. Luego de esta biografía vendrá la **valoración de Chifflet** como cirujano, docente, decano y profesor.

Los índices temático y de nombres son completos y de gran ayuda.

El biografiado

Es Abel Guillermo Chifflet Gramática (Mercedes 1904 - Montevideo, 1969).

Chifflet habría sido, interpreto que lo da a entender Crestanello, uno de los últimos grandes cirujanos generales que practicó cirugía de casi todas las especialidades quirúrgicas. Formó parte de la “generación dorada” de cirujanos orientales; la que continuó a los “cirujanos de la época de las guerras civiles y la Gran Guerra” (Enrique Pouey, Alfonso Lamas, Alfredo Navarro, Gerardo Arrizabalaga, Luis Mondino, Eduardo Martínez, Eduardo Blanco Acevedo). La generación de Chifflet, que se formó en entreguerras, alcanzó a conocer y utilizar los formidables avances que la 2ª Guerra Mundial produjo. A vuelo de pájaro, es posible citar a Carlos Stajano, Juan Carlos del Campo, Domingo Pratt, Eduardo Palma, Abel Chifflet, Pedro Larghero, Velarde Pérez Fontana, Víctor Armand Ugón, Héctor Ardao. Fue la generación que hizo la transición de la cirugía de raigambre francesa a la norteamericana o anglosajona. Es singular que los maestros de dos de esos noveles cirujanos fueran de la escuela francesa pero sus discípulos practicasen la norteamericana: Navarro lo fue de Larghero, y Lamas lo fue (aunque no por entero) de Chifflet.

Su biografía puede dividirse, a nuestro criterio, en tres grandes partes.

La **primera parte** (1904-1929), comprende su nacimiento, adolescencia y primera juventud (1904-1920); su vida de estudiante venido del interior del país a la Facultad de Medicina (1923-1929), de ayudante de disección y disector; de practicante interno y su graduación en 1929. Fue medalla de oro de su promoción.

La **segunda parte** (1930-1935), es la del inicial ejercicio profesional. En 1931 ocupó por concurso el cargo de médico legista de la Caja de Jubilaciones, evaluando incapacidades de los postulantes a jubilación por discapacidad. Durante los diez años de funcionario médico, adquirió un valioso conocimiento funcional de las estructuras anatómicas. E inició su formación como cirujano, en la práctica ya que no existía escuela de postgrado. Tempranamente Chifflet se vinculó a la Clínica Quirúrgica de Alfonso Lamas en el Hospital Maciel (ya desde estudiante), que fuera su referente y a quien reconoció como su maestro, junto con Carlos Stajano. Fue practicante interno de Lamas, Médico Adjunto y su Jefe de Clínica. Y luego Profesor Agregado de Lamas primero y de Carlos Stajano después.

No faltó en esta su etapa formativa, el viaje. Usufructuando una beca de la Facultad de Medicina, en 1935 estuvo en Estados Unidos. Cuba y Chile; la Facultad de Medicina le encomendó una misión de estudios, “La cirugía experimental”. El capítulo 19 de la obra contiene la interesante crónica que dejó Chifflet sobre la visita a la Clínica de los Hermanos Mayo, en Rochester, y que publicó por entregas en “Acción Sindical” al regreso. Fruto del viaje fue su inicial trabajo sobre la equinococosis (folleto, 1936).

La **tercera parte**, (1935 a su muerte en 1969) es la de su consagración como cirujano, docente, decano y maestro, iniciada en 1933 con su designación por concurso como Profesor Agregado de Cirugía a la temprana edad de 29 años, cargo que ejerció hasta 1944. Compartió esa designación en el primer puesto nada menos que con Pedro Larghero. Para el concurso debió presentar una tesis, que versó sobre un curioso tema ortopédico-funcional, “*Fisiología del tarso posterior*”. Nos sorprende la destreza y el conocimiento anatómico que debió emplear para las operaciones que practicó fuera de la cirugía general: ginecológicas, urológicas, ortopédicas, neuroquirúrgicas e incluso ligó un conducto arterioso.

Hay una buena descripción de su ejercicio privado, su aporte a la fundación del *Sanatorio Americano*, su primera cátedra como Profesor Titular (Anatomía Topográfica y Medicina Operatoria, 1945-1951), sucediendo a Velarde Pérez Fontana. Su elección como decano sucediendo a Julio García Otero (1946-1949), decanato que le trajo más de un dolor de cabeza, y al cual terminó renunciando sorpresivamente. Durante su ejercicio, según el folleto que Crestanello incluye (“La Facultad de Medicina”, 1946), Chifflet estaba muy bien inspirado para la modernización de la Facultad. Prueba de ello es la reforma del Plan de Estudios (Plan 1945); la creación de la Escuela Universitaria de Enfermería (1950); la Oficina Universitaria de la Salud; el proyecto de una Escuela de Anestesiastas, en el marco de otras para Graduados, Tecnólogos y Parteras; el plan de Extensión Universitaria y la “Semana Médica” en el mes de marzo, de intención

cultural, artística y de homenajes. Crestanello dedica buena parte del decanato de Chifflet a la finalización, habilitación y entrega a la Universidad del hospital que gozó de dos peculiaridades: la primera, probablemente el que demoró más en concretarse en el mundo (39 años para para pergeñar la idea; 26 para construirlo y 3 para ingresar el primer enfermo); y la segunda el haber nacido siendo ya viejo y comenzando la obsolescencia: el Hospital de Clínicas. Un monstruo de hierro y cemento en un pequeño país que, al ser habilitado, ya entraba en la era de su decadencia económica. Queda bien aclarado que Chifflet bregó honestamente por transferir el hospital a la órbita universitaria, aunque finalmente ello resultó de una imprevista decisión política bajo el gobierno de Luis Batlle Berres cuyos motivos no han quedado bien aclarados. ¿Entrevió el sagaz sobrino de José Batlle y Ordóñez que así se quitaba de encima un futuro problema, y se lo dejaba para la Universidad?

La inesperada renuncia de Chifflet al decanato luego de tres años de desempeño fue motivada, según su carta al Consejo de la Facultad, por una crucial encrucijada: o permanecía en el cargo, afrontando la habilitación del hospital y seguramente se involucraría en su administración en la mejor etapa de su vida profesional; o lo abandonaba en aras de continuar su ascenso como cirujano, cuya meta era sin duda el profesorado de clínica quirúrgica. Fue una muy sabia decisión. Era un hombre de superior inteligencia. Tanto como para dejar de lado discusiones gremiales y compromisos políticos, si bien en su juventud fue ardoroso militante y delegado estudiantil al Consejo Directivo, se atemperó a medida que maduró. No se exhibió luego teatralmente por la restitución de los valores de libertad y conducta moral. Su intervención en defensa de la autonomía universitaria y contra la caída constitucional por el golpe de marzo de 1933 es comprensible y compartible. Pero no propició la resistencia armada ni la lucha violenta en la calle. Eran otros tiempos, no obstante que ya se hacían sentir las voces que acusaban maliciosamente de *“servir intereses ajenos”* a los que no opinaban igual. Lo que hizo responder al entonces Decano *“que se trataba de una calumnia infame”* poniendo sobre la mesa su renuncia. Pero se apagó luego el fuego de la juventud en Chifflet. Su actitud como Decano y Profesor fue diferente, y en palabras del autor, la explicación no corre por la defección de sus ideales sino *“el paso de los años y la consecuente maduración; el conocimiento de primera mano de otras realidades, y sobre todo el poderoso mecanismo de autocontrol como resultado de un proceso voluntario y racional”*.

La rectitud monolítica en su conducta parece haber sido el principal componente de su personalidad. Fue así un gran médico, un sagaz cirujano y buen docente. Y por estos atributos, no por méritos gremiales ni políticos, que en nuestra Universidad pesan y bastante, pasará a la historia respetado y querido por todos como el gran hombre y profesor que fue.

El capítulo 11 es para mí, impactante. Crestanello desarrolla en él el máximo galardón en la trayectoria de Chifflet: su designación como Profesor Titular Grado V y Director de Clínica Quirúrgica. La clínica que ocupó, estaba vacante y acéfala desde hacía años,

y había sido ocupada por encargados varios, uno de los cuales había sido precisamente Chifflet. En 1950 fue designado Profesor Director y la desempeñó entre 1951 y su muerte en 1969. Primero en las salas 22 y 23 del Hospital Pasteur, y desde 1957 en el piso 9 del Hospital de Clínicas, como Clínica Quirúrgica “A”, la que había ocupado su maestro Carlos Stajano. Allí le conocimos en nuestro pasaje como estudiantes. Este capítulo es muy extenso pues se ocupa de la organización de la clínica, su impronta personal, el llamado a colaboradores especializados, y la avidez de los jóvenes cirujanos por tener un cargo allí, para absorber las enseñanzas del Maestro. Creo que es el más instructivo de los capítulos y aconsejo leer con atención su disertación sobre el “Levantamiento precoz del operado”, admirable y racional síntesis de un tema al parecer secundario. Es muy instructivo el cuadro que Crestanello diseñó sobre los cirujanos y colaboradores de la clínica.

Chifflet tuvo una activa participación científica, de que da cuenta el capítulo 12, nacional e internacional. Si bien practicó la cirugía general, tres áreas impresionan como las preferidas y donde descolló a todas luces: el quiste hidático, la cirugía de estómago y duodeno, y la cirugía del colon y recto. En el capítulo 13, se describe su actividad gremial en el Consejo de la Facultad, en el Sindicato Médico del Uruguay, en la Sociedad de Cirugía del Uruguay y como extensión de ésta, en los congresos de la especialidad.

Abel Chifflet murió inopinadamente y en silencio el 11 de febrero de 1969, cuando reposaba en su lecho luego del almuerzo, como era su costumbre. Puede ser atribuída su muerte a un evento coronario agudo, ya que meses antes había infartado.

El libro podría finalizarse aquí. Pero no. Y lo que sigue es del mayor interés. Los capítulos siguientes, que debieran ser comentados por un cirujano y no por un médico general, y por eso los míos deben ser relativizados, refieren a la producción científica, por cierto muy extensa de Chifflet. Y también a la continuidad de su magisterio bajo forma de una escuela de cirugía que podríamos llamar “*a la Chifflet*” dentro de una hipotética “*escuela uruguaya de cirugía*”. No voy a extenderme sobre la producción científica del Maestro, pero voy a hacer un comentario sobre el cual abrigo la esperanza que de lugar a polémica para convencerme de mi error. Sobre “*la escuela*”. No creo en ella y voy a discrepar amablemente con el autor. Habiendo *discípulos* dice, necesariamente hubo un *maestro*. Y habiendo *maestro* necesariamente deriva en que hubo de existir *escuela*. Ergo: Chifflet tuvo discípulos, fue entonces un maestro y por tanto “*hubo escuela a lo Chifflet*”. La hilación luce atractiva. Pero entiendo que no es necesario para venerar al Maestro remontarlo a la estatura de creador de una *escuela*. Tengo para mí que para haber una *escuela* lo enseñado tuvo que ser **original**. Y lo original implica que nadie antes lo haya hecho o practicado. Pero además, que desde entonces su difusión y aceptación por la comunidad médica le confiera un *status de aceptabilidad e imposición natural* local, regional e internacional. Escuela lo fue para mí, la francesa con su *grand patrón*, la que fue de Lamas y Mondino. Y la gran escuela *norteamericana* del trabajo en equipo, que fue la de Chifflet, como lo acepta

Crestanello. O la de Maurice Müller de Suiza y sus colaboradores, que tan bien ha descrito el Dr. Roberto Masliah, con la creación de la *Asociación para el estudio de la Osteosíntesis, Fundación y Filosofía AO*. Chifflet fue sin duda, con su relevante producción científica, un gran hombre, bueno y sabio. Pero estas son condiciones éticas y profesionales deseables, más no originales. ¿Por tales atributos puede afirmarse que formó una escuela? ¿Pueden identificarse otros cirujanos por el hecho de ser buenos y sabios como alumnos de primera o segunda generación del Maestro Chifflet?. Chifflet puede ser calificado como un *maestro y leader* pero no alcanza con esas cualidades para ser *creador de una escuela de cirujanos*. Tal vez sí de una pléyade, o de fieles seguidores de una de sus técnicas, pero no de una escuela. Y lo mismo pienso de una mentada *escuela uruguaya de cirugía*. Situémonos en la realidad de los hechos. Nuestros médicos han sido pioneros en muchos aspectos y han hecho aportes originales a la comunidad internacional (cfr. mi modesto trabajo en “Hoy es Historia”, Montevideo, año X, N° 55, enero-febrero 1993, pág. 24 y ss). Pero eso no implica que hayan creado una *escuela*, son contribuciones puntuales al conocimiento en beneficio de la sociedad. Y por ello merecen nuestro recuerdo e incluso veneración, como lo ha hecho brillantemente con Abel Chifflet el Dr. Francisco Crestanello. Es su libro obra de lectura obligada para los jóvenes médicos.

Marzo de 2013

Presentado a la sesión científica de la Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina el martes 2 de abril de 2013.